

AMÉRICA LATINA: ECONOMÍA Y POLÍTICA*

FELIPE HERRERA,
del Banco Interamericano de Desarrollo

Independencia e interdependencia

ESTUDIAR LOS MOTIVOS y el sentido de las tensiones en el mundo, equivale, en mi concepto, a analizar e interpretar la historia. Del mismo modo que un cuerpo en movimiento es un cuerpo en busca de su reposo a través de la contraposición de fuerzas que restablezcan un punto de equilibrio, igualmente un proceso histórico es, en esencia, la conjugación de energías sociales de toda índole en pos de una situación de estabilidad relativa, que se logra en un marco determinado de tensiones que, de suyo, generan los elementos dinámicos de un cambio subsiguiente.

Quizás, por lo mismo, cada amanecer es el comienzo de una etapa histórica; pero, en los días en que vivimos, es tan notoria la presencia de una transformación de vastas proporciones que, por vez primera, pareciera tener el devenir social la misma fuerza de aceleración que los adelantos científicos o los cambios tecnológicos.

De un lado, como resultado de diversos factores y especialmente del avance universal de las comunicaciones, el hombre, en todas partes, no acepta ya la pobreza como condición inevitable. Cree que es posible superarla, y en ello se empeña, aunque a veces no acierte en el método o el camino. Ese vuelco humano del fatalismo a la esperanza, del desaliento a la acción, ha desatado un impulso de incalculables conse-

*Este ensayo fue leído por primera vez, el 6 de agosto de 1962, en la conferencia sobre "Tensiones en el desarrollo del Hemisferio Occidental", que se reunió en Salvador, Bahía, Brasil.

cuencias. De otra parte, desaparece ya la fuerza aglutinante del régimen imperial que, por más de cuatro siglos, dio cohesión al mundo que navegantes hispánicos y lusitanos abrieron para el comercio y la conquista a una Europa más poderosa y tecnológicamente más adelantada. Naciones independientes surgen o resurgen de ese mundo para incorporarse a la comunidad internacional. Cinco en 1961, diecisiete en 1960 y así hasta completar 104 países miembros de la Organización de las Naciones Unidas, que tuvo 49 al constituirse. Junto con su bandera de colores frescos, cada cual trae la decisión de autogobernarse y mantenerse independiente, y demanda una cuota de bienestar.

Este proceso, que lleva a una nueva ordenación del mundo, suscita tensiones inusitadas. Una de las mayores fuentes de inquietud en nuestro tiempo es precisamente la incertidumbre acerca del sistema que va a prevalacer para lograr la convivencia de todas las naciones.

Parece que la dispersión no puede ser la clave para resolver los conflictos y salvar los obstáculos que esconde el futuro. Son múltiples los aspirantes, pero la aspiración es una. Bastaría este hecho para incitarnos a la acción común, si no supiésemos que, además, nos enfrentamos a un dilema decisivo. El adelanto de la tecnología moderna es tal, que puede aplicarse para romper definitivamente el cerco de la enfermedad y la miseria lo mismo que para el aniquilamiento de la especie humana. Hemos llegado otra vez a una encrucijada que sólo podremos cruzar con ayuda de un profundo sentido de la hermandad del hombre. "Solidaridad o Desintegración" es el sugestivo título que en español lleva la obra del eminente sociólogo sueco Gunnar Myrdal, donde se plantea con singular maestría la actual necesidad de superar las fuerzas centrífugas opuestas al bienestar humano en el plano nacional o internacional.

La percepción cada vez más clara de una responsabilidad y un destino solidarios, ha determinado la búsqueda y el intento de soluciones colectivas. De este modo, el afán por afrontar los problemas de la integración económica regional, que surgió al terminarse la Segunda Guerra Mundial, ha

conseguido resultados impresionantes. Europa avanza ya en forma resuelta por ese rumbo. Y a este respecto, deseo recordar aquí unas palabras del Presidente Kennedy, del discurso que pronunció el último 4 de julio, en Filadelfia, que dan la tónica de la hora presente: "Diré aquí y ahora, en este día de la Independencia, que los Estados Unidos estarán listos para una declaración de la Interdependencia; que estaremos dispuestos a discutir con la Europa unida los medios y procedimientos para formar una efectiva Sociedad Atlántica, una sociedad mutuamente benéfica entre la nueva unión que ahora emerge en Europa y la vieja Unión Americana que se fundó aquí hace 175 años."

Al pronunciar estas palabras, uno de los grandes líderes políticos de hoy escogió, con propósito deliberado, la ocasión, el lugar y el énfasis para marcar el advenimiento de un orden internacional de interdependencia irreversible. Cabe recordar que, hace poco más de un siglo, en agosto de 1849, fue un poeta, Víctor Hugo, quien vaticinó: "Llegará un día en que veremos a estas dos grandes aglomeraciones, los Estados Unidos de América y los Estados Unidos de Europa enfrentándose una a otra y tendiendo las manos a través de los mares en estrecha cooperación."

Nos estamos familiarizando con sucesos internacionales que anuncian la reintegración de naciones a las que a lo largo de los últimos siglos la historia había impuesto la ruptura de sus lazos cohesivos. El nacionalismo árabe, por ejemplo, a pesar de las inmediatas dificultades y tensiones entre los países islámicos, se ha transformado en una poderosa fuerza centripeta que busca una expresión propia —política, económica y filosófica— en el mundo contemporáneo. Las recién emancipadas naciones africanas también tratan de encontrar afanosamente puntos y esferas de cohesión. El panafricanismo tiende a transformarse en otra interesante fuerza dinámica internacional. Hace sólo unos cuantos días anunciaba la prensa la posibilidad de una integración económico-política de los pueblos de origen malayo.

Nos parece que estos procesos están acentuando una tendencia "pluralista" en las relaciones internacionales. El es-

quema de la polarización de hace 15 años entre Rusia y los Estados Unidos va desapareciendo en esta década que comienza en 1960, y es interesante anotar cómo la nueva situación expresa en gran parte la voz de las regiones subdesarrolladas. Éstas comprenden que no tienen un peso individual apreciable en el campo internacional y que es indispensable la integración de aquellas unidades que tienen mayor analogía.

El profesor Hans Kohn, en su sugerente libro *The Age of Nationalism: The First era of Global History* sostiene que marchamos rápidamente hacia un escenario de "pannacionalismos" o "nacionalismos trascendentes". Advierte el autor en este proceso un elemento positivo de disminución de las tensiones entre naciones. Dice: "Hacia 1960 la situación de las Naciones Unidas cambió. Los principios democráticos de pluralismo y libre competencia se afirmaron. El mundo comunista se hizo menos monolítico. Naciones comunistas como Yugoslavia, China, Albania, criticaron o se opusieron a las exigencias de Moscú para ejercer un liderato único. El nacionalismo y la diversidad probaron ser más fuertes que el autoritarismo dogmático y la unidad." Prosigue: "Otra dificultad a la que se enfrentan hoy las nuevas naciones, como tuvieron que enfrentarla las naciones avanzadas en el pasado, es la integración nacional de diferentes grupos étnicos, religiosos, sociales y culturales en una sociedad fuertemente integrada. De la solución de este problema puede depender el progreso y aun la supervivencia de muchos países de Asia, África y Latinoamérica. La tarea es tan difícil para las naciones nuevas como lo fue para las antiguas. El federalismo pluralista puede superar muchas tensiones."

También la América Latina ha dado pasos significativos en el campo de la acción colectiva. El propio Banco que presido es una empresa cooperativa panamericana para la financiación de proyectos de desarrollo. Por otra parte, administra el Fondo Fiduciario de Progreso Social, creado para llevar a la práctica las Cartas de Bogotá y de Punta del Este, instrumentos también de alcance continental. En el terreno estricto de la integración económica regional, aumenta el

vigor de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, establecida por el Tratado de Montevideo, y el proceso de integración económica centroamericana inicia una etapa de mayor efectividad, gracias a la reciente incorporación de Costa Rica al Tratado y al Banco respectivos.

Sin embargo, hasta este momento, la acción tiende a orientarse tan sólo hacia la confrontación de los aspectos económicos y, a veces, simplemente comerciales del proceso de integración, desatendiendo los factores políticos que por necesidad intervienen en él. Puede decirse que nos hemos deslumbrado con los reflejos formales y técnicos del ejemplo europeo y hemos temido adoptar su esencia. En realidad, la integración es un fenómeno político-económico tanto en los objetivos como en los procedimientos. Hay una estrecha relación y una recíproca influencia entre las esferas de la acción económica y de la decisión política.

Las transformaciones de la economía para satisfacer los requerimiento de un mercado más amplio pueden crear, en un momento dado, la necesidad de la unidad política, aunque esto no significa que basten por sí solas para crearlas. Milán controló todas las rutas del comercio de Génova con Europa; las dos Repúblicas permanecieron durante siglos independientes y aliadas contra Venecia, hasta que Napoleón con sus legiones impuso la unidad política del valle del Po, integrado naturalmente como pocos en el mundo.

Por otra parte, muchos problemas económicos sólo pueden resolverse obedeciendo a medidas de carácter político. El desarrollo y la orientación del comercio regional, el mantenimiento del pleno empleo, la regulación de cárteles y monopolios, la prevención de depresiones e inflaciones y la coordinación de planes económicos regionales, requieren necesariamente disposiciones legales, decisiones ejecutivas y una armonización administrativa que corresponden a las más altas esferas del gobierno.

Es ilustrativo al respecto recordar algunas ideas del Dr. Hallstein, Presidente de la Comisión de la Comunidad Económica, quien, al dirigirse el 19 de marzo de 1958 a la Asamblea Parlamentaria de esa Comunidad, señalaba: "No debemos

olvidar que el aspecto principal de lo que se integrará en el Tratado de Roma no son las economías de nuestras naciones —es decir, la suma total de las decisiones y actividades de los industriales, trabajadores, banqueros, comerciantes y consumidores—, sino la política económica de los países participantes. En otras palabras, no son los ciudadanos los que están haciendo un sacrificio para la comunidad, sino los gobiernos. La fusión de las economías nacionales es sólo un resultado de este hecho y, en este sentido, tiene importancia secundaria. La significación de nuestra comunidad radica tanto en el aspecto político de su estructuración institucional, como en las disposiciones administrativas prácticas. ¿Qué estamos tratando de alcanzar? Estamos luchando para transformar la sociedad. Queremos que nuestros ciudadanos, en la medida en que se consideren seres políticos, piensen que no son solamente miembros de una estructura nacional tradicional, sino que son parte de la gran familia europea.”

Si la América Latina quiere recobrar el tiempo perdido y no quedarse definitivamente rezagada en la historia, tiene que acelerar el ritmo de su integración económica, para lo cual debe mirar de frente a la necesidad de su integración política. Muchas condiciones y circunstancias de su realidad geográfica, histórica y humana favorecen uno y otro intento. La América Latina no es un conjunto de naciones: es una gran nación deshecha. A ella, como unidad, le toca recobrar el impulso de un proceso de desarrollo económico frustrado, más que iniciar uno nuevo.

La nación latinoamericana no es una entidad ficticia. En la raíz de nuestros Estados modernos persiste como fuerza vital y realidad profunda. Sobre su secular material indígena, diverso en sus formas y maneras, pero idéntico en su esencia, lleva la impronta de cuatro siglos de dominación ibera. Experiencia, instituciones, cultura e influencia similares la formaron desde México al Cabo de Hornos. Así, unitaria en espíritu y en fuerza, se levantó para la independencia.

La América desintegrada

En esa nación pensaron los precursores de nuestra independencia, lo mismo Miranda con su proyecto de "Incanato", que Nariño, Caldas y Espejo con su "Escuela de la Concordia". En esa nación pensaron los realizadores de nuestra independencia; lo mismo el Padre Hidalgo en México, al declararse "Generalísimo de las Américas", que Belgrano en el Congreso de Tucumán, al hablar de los representantes de las "Provincias Unidas de Sudamérica". San Martín y O'Higgins, Santander y Sánchez Carrión, Morazán y Santa Cruz, todos alimentaron con calor la idea federalista o anfictionica. Bolívar, su mantenedor expreso, ya lograda la independencia, la enuncia en términos concretos y pretende realizarla en el Congreso de Panamá, al cual, vale la pena subrayarlo, invita al Brasil, que en 1826 era un Imperio.

Bolívar fracasa en su intento porque están ya en juego las fuerzas que han de producir, o han de contribuir en gran parte a producir, la dislocación latinoamericana. En realidad, ninguno de los creadores de las nuevas nacionalidades se preocupó de robustecer o ampliar fórmulas democráticas implícitas en instituciones del régimen colonial como, por ejemplo, el Cabildo. Todos se inspiraron en las ideas de la Enciclopedia y adoptaron el modelo que había servido para construir la Europa moderna. Así nacieron Estados-naciones en los que la nación era difusa y, por lo mismo, el Estado endeble.

Sostiene Toynbee que cuando dos culturas se ponen en contacto, para que la más débil pueda resistir a la más fuerte, no debe oponerle una resistencia impenetrable, sino adelantarse a utilizar con eficacia los métodos y la tecnología de esa cultura superior. De esta manera, no son los fanáticos de la resistencia, sino los reformadores, casi siempre acusados de extranjerizantes, los que salvan en definitiva su propia cultura. Es así como Selim III, Pedro el Grande, Mustafá Kemal Atatürk o los "Viejos Estadistas" del Japón lograron que sus naciones prevalecieran frente al Occidente utilizando armas occidentales. Es una ironía de la historia que el mismo Gandhi, a pesar de su genio, al tratar de evi-

tar que la India se occidentalizara en lo económico, logró impulsarla por el camino de la occidentalización política y guiarla triunfalmente hacia una meta de autogobierno nacional de signo occidental.

Se me ocurre que, de modo semejante, esa europeización institucional e ideológica de los nuevos países de la América Latina, sirvió en parte para afirmar su permanencia como entidades independientes durante la época en que persistieron los intentos de reconquistarla. El detente diplomático de la Doctrina Monroe no bastó para mantener las flotas europeas lejos de las costas de América. Fue Juárez quien tuvo que librar a México de Maximiliano, y fueron Chile, Perú, Boliva y el Ecuador aliados, los que afirmaron el 1866 su independencia al ser víctimas de postreros afanes de dominio español.

Por lo demás, lograda la independencia, numerosas causas conspiraban para la atomización de la nacionalidad latinoamericana. Es preciso, en este punto, dividir el análisis entre la mitad lusitana y la mitad hispánica de Latinoamérica. Dudo mucho de los grandes "Si" hipotéticos en la historia. Por eso no pretendo discurrir acerca de lo que hubiera ocurrido en la América hispana, *si* Fernando VII hubiese trasladado su corte y la capital de su imperio a una ciudad de las Indias. No me atrevo siquiera a suponer si hubiese sido para bien o para mal. Dicen que la historia se repite, pero parece difícil que a breve plazo y a corta distancia se repitiera el caso admirable de Pedro II, quien llevó al Brasil del Imperio a la República de modo pacífico. Sin embargo, creo que se puede pensar que la nacionalidad latinoamericana no se habría despedazado como lo hizo si hubiese ocurrido tal cosa.

Es cierto que una de las causas más serias de desintegración en el periodo posterior a la independencia y que se considera determinante en la constitución de los sucesivos Estados independientes, fue la extrema dificultad de las comunicaciones. Aún hoy, después de 150 años de construir caminos y ferrocarriles y con medios de transporte entonces desconocidos, el 90 % del comercio interamericano se hace por vía

marítima. La falta de vías terrestres y fluviales mediterráneas es todavía traba considerable para nuestro desarrollo. No cabe duda, por lo mismo, de que ésta fue una causa decisiva de la desintegración.

La dificultad en las comunicaciones había sido idéntica durante la colonia que, sin embargo, logró mantenerse integrada. Una circunstancia modificaba radicalmente la situación: la economía colonial no se había organizado para servir a las colonias, sino a la metrópoli. La economía de consumo era tarea de cada provincia; la economía externa era manejada exclusivamente por la Casa de Contratación de Sevilla que, al ejercer desde España un monopolio, representaba un factor de cohesión en la vida económica de las Indias.

Consumada la independencia y establecida la libertad de comercio, la dificultad de las comunicaciones creaba barreras infranqueables para la reconversión de una economía que hasta entonces se había movilizado a través de la metrópoli. Las nuevas actividades económicas tuvieron que circunscribirse a los términos provinciales de las economías de consumo, o girar alrededor de cuatro o cinco núcleos que tenían una mayor actividad económica. Un autor peruano explica este rompimiento en los siguientes términos: "Estos distintos reinos, según la política española, estaban unidos con el núcleo principal: la Corona; pero tuvieron estrechos vínculos entre sí. Podría decirse que el Imperio colonial español tenía una forma estelar, pero no una forma circular o de cadena. Este hecho ha tenido una importancia enorme en la historia de Hispanoamérica. La independencia rompió los radios que en ese sistema estelar unían aquellas unidades con el centro, o sea la Corona, y naturalmente las unidades quedaron absolutamente separadas y libres." *

Al trastorno económico se sumó pronto el problema del poder. Los ejércitos enrolados para las batallas de la libertad no podían fácilmente licenciarse. Los antiguos terratenientes deseaban la vuelta al pasado, los nuevos criollos que-

* VÍCTOR ANDRÉS BELAÜNDE, *Bolívar y el pensamiento político de la Revolución Hispano Americana*, p. 176.

des problemas que afectan a la humanidad. Podría afirmarse que los espacios geoeconómicos pequeños que caracterizan a la mayor parte de nuestras estructuras, han tendido a minimizar la participación de la América Latina como fuerza independiente y progresiva en el plano internacional y a crear políticas también pequeñas, incapaces de superar las tensiones internas si no es a través de dictaduras y extremismos.

Es innegable que desde hace algunos años la idea de la integración regional se ha ido arraigando con fuerzas renovadas en el espíritu de muchos latinoamericano. En agosto de 1961, al formularse la Declaración de Punta del Este, nuestros países suscribieron los objetivos de la "Alianza para el Progreso" y fijaron por primera vez metas colectivas de desarrollo y bienestar social que deberán alcanzarse en el transcurso de la próxima década. Últimamente, en diversas reuniones internacionales, se ha reconocido como un imperativo el que cada región haga un esfuerzo gigantesco para incrementar su capital de infraestructura, desarrollar sus industrias básicas y aumentar sus inversiones sociales. Por otra parte, se ha reconocido también que la fragmentación del mercado latinoamericano en una multitud de mercados nacionales, virtualmente aislados unos de otros, representa, como resultado de las limitaciones en el volumen de la demanda, un serio impedimento para el desarrollo. En este último aspecto se han efectuado conferencias sobre mercados regionales y los técnicos del continente se han preocupado de buscar fórmulas de acercamiento. Sin embargo, lo cierto es que en cuanto a la creación de un mercado común latinoamericano, estamos en 1962 repitiendo fórmulas que en Europa se empezaron a utilizar en 1947 o 1947; estamos todavía en la etapa del intercambio de opiniones entre técnicos, quizá porque nuestros gobernantes y líderes políticos viven tan agobiados por sus problemas locales inmediatos que les resulta imposible estar en situación de lanzar un programa con las bases de una acción política continental de gran vuelo y remotos alcances. Parece como si en este sentido los técnicos de todos los campos, actuaran en el plano continental más fácilmente

que los líderes políticos y que no existiera un paralelismo entre la actitud de éstos y la de aquéllos. Nuestros políticos, al apoyar la idea que los economistas y técnicos latinoamericanos tienen de nuestra integración comercial, no deberían olvidar que en el viejo Continente fue necesario el pensamiento de un Briand, de un Stresemann, de un Herriot y de un Churchill, para llegar a la actual cohesión.

¿Será acaso prematuro y utópico plantearse en este momento la necesidad de trabajar por la integración política de América Latina? Creo que no; estoy convencido de que su integración política es un imperativo que no podemos seguir desatendiendo.

Podríamos pensar, quizá, que la unidad política será la resultante necesaria de las fuerzas de integración económica que están empezando a movilizarse en el continente. Sin embargo, será un camino largo, tanto más largo cuanto más nos demoremos en reconocer que la integración económica no puede lograrse exclusivamente a través de medidas estrictamente económicas; que la integración económica por sí sola no basta para asegurar el progreso y bienestar de los pueblos; que todo proceso de desarrollo implica batallas simultáneas en los frentes tecnológico, jurídico, educativo, institucional y, fundamentalmente, en el frente político.

Parece como si nuestros pueblos, angustiados por la miseria, acorralados por un complejo de inferioridad que se acentúa al observar los progresos alcanzados en otras regiones, hubieran perdido la fe en su capacidad creadora. La América Latina necesita llevar a cabo la gesta de su unidad política, no sólo porque a través de ella podrá dar un contenido y una efectividad a la integración económica y el bienestar común que de ésta se espera, sino, además, porque esa realización colectiva traerá consigo la creación de fuerzas espirituales dinámicas que nos permitirán consolidar las creencias en nuestros valores culturales y evitar que las expresiones de este continente sean sólo copia de conceptos foráneos.

La integración de América no es una utopía; los hombres de esta región están buscando empíricamente formas de ex-

FI III-2
ocal era
un espe-
Lugarte-
aliento
le gloria
estado er
tinuó la
eros de

capita
e pedían
y, ade
mercad
iones d
io. Cad
os paíse

ndustri:
a vec
tesis n
recipr
ender l
nización

an día
al mar y
ia Europ
Prime

res, mi
han rá
rios, cu
nificati
que viv
que
los gr

presión común en el ejercicio de sus profesiones, la realización de sus negocios, el financiamiento y la ejecución de sus programas de desarrollo, la aplicación de la técnica. El espíritu popular también busca espontáneamente formas de acercamiento y de comunidad.

La integración de América Latina constituirá un factor poderoso para la mejor utilización de todas nuestras capacidades colectivas, a las que no se da en la actualidad el debido empleo por los factores de desunión prevalecientes.

Creo que no viene al caso insistir en las ventajas de índole industrial y tecnológica que se derivarán de la integración de nuestros variados espacios económicos en un gran mercado regional. Es un hecho conocido que uno de los factores más serios que limitan el proceso de industrialización de la América Latina y su capacidad de aprovechar los adelantos técnicos es la existencia de mercados fragmentados. Precisamente los actuales propósitos de la Asociación de Libre Comercio Latinoamericano y del Tratado General de Integración Económica Centroamericana tienden a superar dichos obstáculos.

Hay, además, otros campos en los cuales la integración latinoamericana puede impulsarse, desde luego, dentro de términos posibles. Paso a referirme, brevemente, a algunos de ellos.

La América Latina cuenta en este momento con reservas monetarias de un volumen muy significativo. Según estadísticas recientes, a fines de marzo de 1962 las reservas monetarias en oro y divisas de la América Latina ascendía a 2 615 millones de dólares.

Estos recursos están parcelados en un alto número de compartimentos aislados, disminuyendo su verdadera gravitación en la escala internacional. No se divisan inconvenientes de orden técnico para hacer uso cooperativo y coordinado de esos fondos, es decir, para contar con una especie de sistema de Banca Central en el Continente. Un mecanismo de esta naturaleza fortalecería las posibilidades de América Latina, en conjunto, para enfrentar dificultades en el finan-

ciamiento a corto plazo. Además, podría éste servir de factor multilateral para impulsar el comercio regional.

La América Latina tiene una posición determinante en rubros básicos del intercambio mundial: 71 % de las exportaciones mundial de café; más del 50 % de las de cobre; más del 33 % de las de petróleo; cerca del 40 % de las de cacao; más de 65 % de las de plátanos, e importante participación en las correspondientes a algodón, lana, estaño y otros metales no ferrosos.

En algunos de estos campos, especialmente con respecto al café, nuestros países han tratado de formular y llevar a cabo una política común de defensa de mercados y precios. ¿No habrá llegado acaso el momento en que podamos actuar en forma coordinada en lo que se refiere a otros rubros básicos para evitar políticas discriminatorias y para mejorar nuestras posibilidades comerciales?

En el último año, después de la firma de la Carta de Punta del Este, es mucho lo que se ha avanzado en la formulación de programas o planes de desarrollo económico por parte de todos nuestros países. Casi todos ellos cuentan ya con organismos nacionales de planeación y coordinación de sus políticas económicas. En muchos de ellos se está trabajando activamente para elaborar planes de desarrollo o para ponerlos en ejecución. Debe reconocerse la valiosa labor técnica de los organismos regionales interamericanos para el logro de estos objetivos. Sin embargo, debemos mirar este esfuerzo como una etapa preliminar para llegar a la formulación de un programa global de desarrollo latinoamericano, en cuyo marco muchos problemas existentes podrían solucionarse o atenuarse: me refiero especialmente a la situación creada por el exceso de materias primas que se encuentran en el mercado y a los esfuerzos por crear artificialmente una industria.

La América Latina depende principalmente del exterior en lo que se refiere a los medios transporte y de comunicaciones. Nuestros países han tratado de desarrollar en forma individual sus flotas mercantes y sus líneas de aviación. Constituye una interesante excepción a esta tendencia la Flota

Mercante Gran Colombiana, cuya eficiencia y éxito comercial es un hecho indiscutible. Todo aconseja que en estas actividades que requieren fuertes inversiones y necesidad de amplios mercados, la América Latina pueda actuar conjunta o coordinadamente.

La imagen de América Latina se presenta deformada al exterior. Nada se sabe de la forma en que se lucha en contra de la miseria; nada del trabajo de Sísifo que es alcanzar la estabilidad monetaria vulnerada por las caídas en los precios de los productos de exportación. Estoy convencido de que si nuestros órganos de publicidad pudieran cooperativamente organizar un "pool" de informaciones latinoamericanas, podríamos proporcionar un conocimiento más preciso que aquél que ahora el mundo exterior tiene de nosotros.

Nuestros países mantienen aproximadamente 650 000 hombres sobre las armas y nuestros gastos militares suman 1 400 millones de dólares anuales. Algunas naciones mantienen sobre las armas un número de hombres proporcional al de los Estados Unidos o la Unión Soviética. Aisladamente considerados, pocos gobiernos están dispuestos a efectuar una reducción apreciable en sus fuerzas armadas. Sólo el desarme colectivo de nuestros países y el abordar en forma coordinada la tarea de la defensa continental, permitiría superar muchos de los factores de tensión existentes, y producirá un notable ahorro de los recursos colectivos que podrán destinarse útilmente a acelerar nuestro progreso.

Estas son algunas de las tareas comunes en las que el esfuerzo latinoamericano podría multiplicar la capacidad creadora del Continente. En todos estos frentes, y en aquellos relacionados con los sistemas jurídicos, la salud y la educación, el campo científico y la política internacional, más que labor propiamente técnica, se necesita decisión y voluntad políticas. Hemos avanzado notablemente en los últimos 15 años en el diálogo entre nuestros expertos. Toca ahora oír la voz y el eco de la dirección política continental. Si seguimos pensando que la integración de la América Latina es sólo un problema de aranceles y no movilizamos sus fuerzas políticas y sociales, los nuevos acontecimientos del

mundo —de este mundo de hoy que camina hacia la interdependencia de los grandes estados continentales— nos encontrarán sumergidos, sin que nuestra voz signifique nada, ni siquiera para nosotros mismos.

El nuevo equilibrio

El énfasis que hemos puesto en las páginas anteriores sobre la necesidad de acelerar, principalmente a través de la acción política, el proceso de la integración latinoamericana, no implica dar a esta acción un sentido de aislamiento. Podría haberse desprendido una conclusión de esta naturaleza cuando era un hecho cierto la bipolarización de las naciones, que se inspiraba en el bloque soviético o en el mundo libre. Pero tal como se ha señalado antes, en el campo de las relaciones internacionales se tiende hoy a expresiones “pluralistas”. La mejor expresión de este nuevo esquema es la “Comunidad del Atlántico”: los Estados Unidos están apoyando la integración europea para que esta Comunidad descansa en dos pilares fundamentales.

Si estamos tratando de que la América Latina se fortalezca y se mantenga en la familia de las naciones occidentales, parece también lógico argüir que nuestros países deben ser socios y partícipes de dicha comunidad, en condiciones de interdependencia funcional análoga a la de los otros dos socios antes citados. La asociación de la América Latina a esa empresa sólo tiene sentido si concurrimos a ella con una expresión propia, como América Latina. En esta forma, a este proceso de integración política deja de tener sólo una perspectiva regional y adquiere una proyección internacional, para aquellos grupos humanos a los que estamos unidos por lazos teóricos y filosóficos comunes.

Creemos que sólo así nuestros pueblos pueden sentirse dueños de su propio destino y agentes efectivos en el actual proceso de la historia mundial. La “Alianza para el Progreso” es la solución técnica para abordar nuestras necesidades económicas, sociales y culturales: desgraciadamente, no se ha pensado en crear una “motivación” latinoamericana. Si nuestras colectividades han entendido la “Alianza para el

Progreso" sólo como una política de los Estados Unidos "ofrecida" a América Latina, se debe a que ha faltado el convencimiento íntimo de que estábamos tratando sobre un pie de igualdad efectiva. Para que los pueblos latinoamericanos superen el complejo de frustración que resisten frente a los países occidentales avanzados, es necesario que actúen conjuntamente al tratar con los Estados Unidos o con Europa.

Al término de estas reflexiones queremos reiterar que la integración político-económica de las colectividades latinoamericanas no sólo tenderá a superar las tensiones entre los pueblos del Continente, sino que ayudará también poderosamente como factor de equilibrio en el concierto internacional. Al respecto, nada nos parece más oportuno que recordar las palabras con que el secretario de Estado para Asuntos Europeos de la República Francesa, Maurice Faure, exhortó a la Asamblea Francesa para que ratificase el Tratado de Roma, en julio de 1957: "Nosotros estamos viviendo aún en la ficción de los cuatro grandes poderes. En realidad, solamente hay dos, los Estados Unidos y Rusia; mañana habrá un tercero: China; depende de vosotros el que pueda existir el cuarto: Europa. Si fracasáis en la elección, os condenáis a caminar de espaldas hacia el futuro." De nosotros latinoamericanos, depende también ahora marchar de frente hacia el futuro y constituir un nuevo factor creador de equilibrio en el mundo interdependiente que estamos empezando a vivir.